

# La Encíclica HUMANAE VITAE

## MENTALIDAD SECULARIZADA CRISTIANA

*José E. Ayestarán, S. J.*

Ante la opinión pública mundial la encíclica ha aparecido como un documento negativo por el simple hecho de que rechaza el uso de los anticonceptivos en la regulación de los nacimientos. Para quienes superan, sin embargo, la movidiza superficie de la opinión pública, la encíclica contiene innegables valores humanos y cristianos que constituyen una apología de la vida. Desgraciadamente, la mayoría de las reacciones del primer momento han sido apasionadas tanto por parte de los que se pronunciaron en favor del documento pontificio como, sobre todo, por parte de los que se manifestaron en contra. Pero a medida que se va superando, particularmente entre los católicos auténticos, el vocerío callejero: "píldora sí, píldora no", la creciente serenidad invita a una reflexión más profunda que permite apreciar los valores positivos de la encíclica.

No es exacto afirmar que todos los que la han saludado favorablemente hayan sabido apreciar mejor su contribución positiva. Los países de ideología marxista la han acogido favorablemente; eso indica al menos su llamativo silencio. Pero no por eso se puede suponer que entiendan los valores humanos de la encíclica tal como han sido expuestos en la misma. Es dudoso también que todos los católicos que han aplaudido su aparición se distingan de los disidentes católicos precisamente por una visión más profunda de sus valores. No quisiéramos englobar, sin más, a los que hasta el presente han sido en conciencia partidarios del control de la natalidad por medios anticonceptivos, en el grupo de los que carecen de sensibilidad moral cristiana. Evidentemente, la cuestión crucial era saber si el uso de los anticonceptivos es objetivamente compatible con la integridad moral y religiosa de la dignidad de la persona humana. Unos han querido afirmar no sólo su compatibilidad, sino también el deber de recurrir a dichos métodos anticonceptivos para salvar precisamente la responsabilidad mo-

ral de la paternidad responsable. Otros, en cambio, y ahora con la encíclica, afirman que tales métodos son indignos, es decir, contrarios a la dignidad humana.

Nuestras reflexiones no proceden como si esta cuestión no estuviera zanjada por la autoridad competente de la Iglesia. Al contrario, quisiéramos presentar un análisis sucinto de la mentalidad del hombre moderno que vive en un mundo en proceso de creciente secularización y compararla con algunos valores afirmados en la encíclica. Este análisis invita, particularmente a los católicos, a una revisión sincera de sus propios juicios de valor que, debiendo conformarse con los valores objetivos cristianos, puedan estar falseados por los valores que le presenta una mentalidad secularizada materialista. En el estudio de la mentalidad secularizada materialista y cristiana nos fijaremos casi exclusivamente en la concepción del hombre, del amor conyugal y de la paternidad que parecen centrales en la encíclica.

### Mentalidad en el mundo de hoy

Ante todo conviene precisar qué se entiende aquí por mentalidad. No se trata de algo que está en las cabezas de los hombres como "sistemas" de pensamiento, sino más bien como una mezcla de opiniones no reflejas, consignas nunca analizadas, costumbres convencionales de pensar y actuar, prejuicios, fórmulas estereotipadas. Si todo este mundo interior llega a subir al plano de la conciencia, lo hace de manera fragmentaria, difusa y vaga. No se vive tanto de "ideas" cuanto de la existencia en su totalidad.

La mentalidad moderna tiene algo muy peculiar: se trata de una situación existencial creada por la cultura moderna. El medio en que vive el hombre moderno está determinado por una multitud de conocimientos, experiencias, ciencias y técnicas, de los que nadie puede llegar a ser dueño. Y precisamente esta multitud de ciencias y técnicas, en su

gigantismo incontrolable, es la que determina el medio espiritual y físico. Es cierto que el hombre jamás ha vivido sólo de las cosas que él conocía reflejamente. En este sentido, la situación actual no se diferencia de las de los tiempos pasados. Pero antaño, ese mundo previamente dado no consistía en una mole de conocimientos, teorías, opiniones y postulados... del mismo hombre, sino en unas realidades objetivas dadas con la naturaleza virgen de las cosas. Allí donde existían conocimientos y técnicas humanas que actuaban sobre el estado natural de las cosas, esos conocimientos estaban perfectamente al alcance. El interesado podía conocerlos, tomar una posición determinada ante ellos, reducirlos a sistema personal. Y lo que caía fuera de sus posibilidades no llegaba a afectarle en forma decisiva.

Pero hoy la situación es distinta. Vivimos en un tiempo en el que los conocimientos y experiencias acumuladas por la humanidad —y que actúan decisivamente en la determinación de la esfera física y espiritual de cada individuo— no pueden ser ya poseídos por un individuo particular.

Hay algo más. Si ese conjunto de conocimientos científicos, históricos, técnicos... fueran realidades indiferentes o inofensivas para la mayoría que los ignora, no habría por qué inquietarse. Pero resulta que ese mundo cultural y técnico, ese "espíritu objetivo" que ha llegado a ser como una atmósfera de construcción humana, lleva en suspensión también errores, pasiones, intereses creados... que son asimilados y vividos inconscientemente. Y el hombre, aun el sabio y el científico, se encuentra indefenso en medio de los elementos nocivos que influyen decisivamente en su vida diaria. Más aún, los ignora.

Estas observaciones preliminares nos ponen ya de manifiesto la complejidad de elementos que intervienen en la valoración de cualquier fenómeno en el mundo moderno. El sujeto que tiene que valorar la encíclica se encuentra sumer-

gido en esta mentalidad de factura humana.

### Mentalidad secularizada

Conviene exponer ahora con un poco de detención el significado del fenómeno de la secularización. Se trata de uno de los datos mayores de nuestro tiempo, es un "signo de los tiempos". El término está sujeto a diversas interpretaciones. En cuanto significa la exclusión de todo valor extraterrestre termina en el **secularismo**. En cuanto significa para algunos la disminución de la influencia de lo religioso institucional en la sociedad, puede implicar **laicismo**. Pero puede significar también la debida valoración de lo temporal en el sentido de descubrir el valor intrínseco de lo creado. Todos estos significados ya vividos constituyen el mundo de los valores construido por el hombre. En conjunto puede ser considerado como un paso hacia la mayoría de edad de la humanidad. Hasta se podría afirmar que es un fenómeno inspirado en el cristianismo, aun cuando se haya llevado a cabo más bien por personas que han estado de alguna manera al margen de la Iglesia. La secularización, tomada en su significado laicista y secularista, la llamaremos mentalidad secularista; tomada como valoración de lo temporal, la denominamos mentalidad secularizada cristiana. La secularización, en todo caso, tiene rasgos que aparecen en cualquier significado que se la tome.

La mentalidad secularizada está fuertemente marcada por la impronta del conocimiento "científico" y de la actitud "técnica".

Las ciencias positivas no solamente han realizado conquistas impresionantes sobre los secretos de la naturaleza, sino que han desarrollado al mismo tiempo una metodología y un tipo de conocimiento que reduce el campo de la verdad al de las verdades "científicas", es decir, a aquellas verdades que caen dentro de la experiencia sensible y, en consecuencia, verificables por la experimentación. El toque de verdad de una afirmación está en su demostrabilidad científica. La mentalidad moderna es, pues, eminentemente científica.

Pero el conocimiento científico no es un conocimiento **contemplativo** que se contenta con explicar las cosas. Implica más bien una poderosa voluntad de dominio que se desarrolla en la actividad "técnica". El hombre moderno sabe por experiencia o presente que con la técnica, inspirada en las ciencias positivas, puede transformar el mundo físico y espiritual que le rodea. Busca con pasión la eficacia, la organización racional, la utilidad... La mentalidad moderna es apasionadamente técnica.

Esta mentalidad científico-técnica es, en sí misma, aséptica, es decir, no pre-

judga la dimensión religiosa y moral del hombre, aun cuando de hecho sea pluridimensional. En todo caso lleva siempre consigo una progresiva liberación de las otras dos mentalidades que le han precedido en la historia: la mítico-religiosa y la metafísica.

### Mentalidad mítico-religiosa

En la mentalidad mítico-religiosa el hombre se entiende a sí mismo y el mundo que le rodea como algo **sagrado**. Los dioses habitan en la naturaleza (montes, ríos, etc.) y en la vida humana. Las fuerzas de la naturaleza y de la vida humana son manifestaciones de las fuerzas de los supuestos dioses. Esta concepción tiene particular incidencia en todo lo que se relaciona con la fecundidad y el sexo. Con frecuencia la fecundidad fue representada como una diosa que tenía su culto propio. La actitud de aquel hombre primitivo es de miedo, sumisión total y respeto a todo fenómeno que, por no conocer su explicación científica, se le antojaba un "misterio". De aquí, en particular, los ritos sagrados de "iniciación" que existían en todos los pueblos primitivos.

La mentalidad secularizada va sustituyendo progresivamente a la explicación mítico-religiosa del mundo y de la existencia humana por una explicación "científica". Está muy lejos de imaginarse dioses metidos en la naturaleza. Particularmente, la fecundidad y el sexo son explicados científicamente mediante el conocimiento de las leyes biológicas. El hombre, el amor y la fecundidad son vistos y valorados como algo totalmente humano, "profano". Al hombre moderno le parece un contrasentido el que por consideraciones ajenas a la ciencia tenga que dejar de intervenir en los procesos de la naturaleza física, biológica, psicológica y social.

### Mentalidad metafísica

La humanidad ha ido poco a poco dando una explicación más coherente de la naturaleza, el hombre, el amor y la fecundidad. El pensamiento metafísico va depurando cada vez más la mentalidad mítico-religiosa y crea una nueva cosmovisión. El hombre y el cosmos son concebidos como seres dependientes de la divinidad en su estructura ontológica del ser. Las "leyes" de la naturaleza, aun biológica, participan del orden ideal que la metafísica va descubriendo en el mundo de las esencias inmutables. Estas esencias metafísicas tienen valor de manifestaciones de la esencia divina, en la medida en que la experiencia humana es susceptible de ser alineada en un "orden", tiende a participar de las cualidades de las esencias "divinas". Así la esencia metafísica del hombre pertenece a la esfera divina; es decir, es moral. La mentalidad metafísica concibe al hom-

bre como un ser eminentemente moral. De aquí que la estructura moral del hombre tenga una incidencia muy particular en el amor y la fecundidad humana. La actitud de la mentalidad metafísica ante los fenómenos del amor y la fecundidad humana ha sido siempre de una preocupada ascética por sujetarlos al orden de las esencias divinas que tienen su vigencia aun en los procesos biológicos y psicológicos, independientemente de la racionalidad y voluntad humanas. El hombre debe procurar someterse a las "leyes" biológicas y psicológicas, pues como leyes participan de la inmutabilidad de las esencias. Según esta mentalidad, el hombre es un ser eminentemente moral.

La mentalidad secularizada es opuesta a esta mentalidad metafísica, por lo menos prescinde de toda afirmación metafísica porque, metodológicamente, prescinde de toda afirmación que no sea demostrable por vía de experimentación. No se tiene la preocupación de descubrir en la naturaleza las esencias inmutables y divinas. O por lo menos no le es dado conocer "científicamente" esa estructura "esencial" del hombre. No se ven el amor humano y la fecundidad como algo subordinado a las esencias que, por tener cierto carácter divino, deben ser respetadas.

### Mentalidad secularista

Hay una mentalidad **secularista** que no sólo rechaza las manifestaciones de las mentalidades mítico-religiosas metafísicas, sino que niega radicalmente la estructura religiosa y moral del hombre y, en consecuencia, del amor y de la fecundidad: el hombre es a-religioso y a-moral. Es, además, absolutamente independiente de toda instancia suprahumana para intervenir "técnicamente" en la naturaleza física, biológica y psicológica del hombre. Ninguna consideración religiosa o moral tiene validez para impedir o frenar su voluntad de dominio. El hombre es responsable, a lo sumo, ante sí mismo y ante la sociedad. Las dos mentalidades anteriores —y la cristiana entre ellas— deben ser combatidas en todas sus manifestaciones para sustituirlas con una visión científica del mundo.

Esta mentalidad secularista tiene un aspecto menos agresivo e ideológico, pero no por eso menos falso y dañino: simplemente, prescinde de toda consideración religiosa y moral del hombre y alienta un ideal de vida que, de hecho, es ajeno a todo valor ético y religioso. Quien analiza un poco de cerca la vida concreta del hombre moderno con sus aspiraciones, preocupaciones e ilusiones descubrirá que, casi sin quererlo, su fe le ha abandonado. El quehacer diario presenta al hombre moderno una serie de valores inmediatos que lo absorben

totalmente, de tal manera que le resulta sumamente difícil preguntarse por un sentido que no sea el que le quiera imprimir cada uno por decisión propia.

El amor humano es reducido prácticamente a la experiencia sexual, y éste presenta, en un mundo eróticamente superexcitado, unas exigencias biológicas y psicológicas que no caben ya en los límites de unas normas de conducta que hasta ahora han estado en vigencia. Más aún, se confiesa abiertamente que es imposible, en este campo, el dominio de sí mismo mediante el ejercicio de una libertad responsable. La nueva organización familiar y social de la sociedad secularista busca que se acepten como "normales" todo tipo de relaciones sexuales entre los esposos y en la juventud. Se pretende borrar radicalmente el concepto mismo de "moralidad"; la inmoralidad se convierte en amoralidad.

No se pretende aquí enjuiciar la valoración y la práctica del hombre secularista en relación al amor y la fecundidad. Pero sí conviene sacar una conclusión de claridad meridiana: la mentalidad secularista no puede de ninguna manera aceptar el mensaje de la nueva encíclica *Humanae Vitae*, no sólo en relación a la regulación de los nacimientos, sino fundamentalmente porque se trata de una concepción del hombre, del amor y del sexo diametralmente opuesta a la que se refleja en la encíclica.

### Mentalidad secularizada cristiana

Pero la aceptación de la encíclica resulta también dificultosa a no pocos cristianos y católicos. Las objeciones de base se formulan de diversa manera. Algunos parecen despreciar la encíclica como si ésta intentara un "retirno de los brujos". El Papa habría intentado resucitar los mitos de la religiosidad humana de los tiempos primitivos. Otros quieren ver en la "ley natural" una vuelta a la concepción estoica de la naturaleza humana y acusan al Papa de presentar una ley natural estática, basada en las esencias metafísicas inmutables, sin tener en cuenta su historicidad dinámica y sus aspectos existenciales que cambian. Finalmente, la encíclica estaría añorando una concepción de la familia, del amor y de la fecundidad que corresponde a una sociedad agrícola y precientífica, en un mundo secularizado donde la ciencia y la técnica han hecho del hombre un ser muy distinto en todas sus dimensiones.

Tal vez no se pueda negar que algunas expresiones de la encíclica estén tardadas del lastre de una mentalidad sobre todo "metafísica". Pero creemos que si se lee la encíclica a la luz del Concilio Vaticano II se capta mejor (o mejorado) su mensaje. El Concilio Vaticano, sobre

todo en la Constitución Pastoral de la Iglesia en el mundo actual, propone una mentalidad secularizada cristiana, una de cuyas notas características es la valoración positiva de lo temporal en el sentido de descubrir el valor intrínseco de lo creado.

Por eso se puede decir que el Papa no vuelve a los mitos alienantes de la religiosidad primitiva; vuela más bien a afirmar una nota profundamente humana: su religiosidad. Tampoco quiere quedarse en una concepción abstracta, metafísica, del hombre, sino que (tal vez contrariamente a lo que puedan sonar algunas expresiones) trata de acercarse a las nuevas situaciones del hombre moderno. La mentalidad secularizada cristiana, si bien se va alejando de las otras dos mentalidades pasadas, afirma con mayor firmeza que nunca que el hombre es un ser radicalmente religioso y moral: "sagrado". Solamente esta afirmación de base constituye uno de los mayores valores de la encíclica. El católico de mentalidad secularizada —y hoy es imposible ser católico con otra mentalidad— no tiene por qué sentirse acomplejado como si su fe y su Iglesia le estuvieran exigiendo un retorno al primitivismo religioso o a las abstracciones metafísicas que no tienen vigencia.

El hombre, el amor y la fecundidad deben ser considerados en una perspectiva personalista. Es decir, "...por encima de las perspectivas parciales de orden biológico o psicológico, demográfico o sociológico, a la luz de una visión integral del hombre y de su vocación, no sólo natural y terrena, sino también sobrenatural y eterna" (n. 7). De esta concepción se desprende que la actitud fundamental del hombre —la Fe— es una "gracia" dada de lo alto, pero que impone la tarea responsable de realizarla a lo largo de la existencia. La moralidad natural del hombre se encuentra indisolublemente integrada en su "vocación" integral. Lo natural y lo sobrenatural no son separables en la experiencia humana. De aquí que la moralidad del amor conyugal y de la fecundidad no pueda jamás ser vivida e interpretada como si se tratara de una cosa meramente "natural".

De la concepción integral y personalista del hombre, el Papa deduce la verdadera naturaleza y nobleza del amor conyugal que se revelan cuando éste es considerado en su fuente suprema, Dios, que es Amor (n. 8). Y bajo esta luz aparecen claramente las notas y exigencias características del amor conyugal: **plenamente humano**, es decir, sensible y espiritual; **total**, esto es, una forma singular de amistad personal...; **fiel y exclusivo** hasta la muerte; un amor **fecundo** que no se agota en la comunión entre los esposos, sino que está destinado a prolongarse suscitando nuevas vidas (n. 9).

Este amor conyugal exige de los esposos una conciencia de su misión de "paternidad responsable" que es considerada bajo diversos aspectos relacionados entre sí: en relación con los procesos biológicos, con las tendencias de los instintos y de las pasiones, con las condiciones físicas, económicas, psicológicas y sociales.

Pero la "paternidad responsable" comporta, sobre todo, una vinculación más profunda con el orden moral objetivo, establecido por Dios, cuyo fiel intérprete es la recta conciencia (n. 10).

En consecuencia, el hombre debe respetar la naturaleza y la finalidad de todo acto matrimonial dejándolo abierto a la transmisión de la vida (n. 11) y no separando voluntariamente los dos aspectos: unión y procreación, para que pueda ser fiel al plan de Dios (nn. 12 y 13), porque "la vida humana es sagrada —recordaba Juan XXIII—, desde su comienzo compromete directamente la acción creadora de Dios" (n. 13).

Esta visión cristiana del hombre, del amor conyugal y de la paternidad responsable es perfectamente integrable con una mentalidad secularizada que tiene la preocupación de valorar positivamente todo lo creado.

La cuestión decisiva de si todos y cada uno de los actos conyugales deben quedar abiertos a la fecundidad no es resultado como una consecuencia lógicamente clara que se desprende de una argumentación deductiva de tipo metafísico, sino como un juicio de valor de una realidad complejísima. Este juicio de valor exige, en el sujeto que lo hace, una sensibilidad moral y cristiana que —a nuestro modo de ver— no le resulta fácil al católico medio que vive dentro de la mentalidad del mundo de hoy tal como la hemos descrito al comienzo de este artículo.

Nuestra conclusión, un poco precipitada, es doble: el católico que vive bajo el peso de la mentalidad del mundo de hoy debe examinar seriamente si sus juicios de valor prácticos están en consonancia con la fe y vida cristianas. Solamente la superación de todo subjetivismo, aun el refinado intelectualmente, le hará estar en disposición apta para captar el verdadero "sentido moral" de las realidades humanas.

La segunda conclusión es que todo fiel católico que posee un mínimo del sentimiento cristiano de la indigencia humana siente la necesidad de una luz que ilumine un poco las tinieblas de la existencia del hombre. Tanto más que sabe que la Iglesia docente —particularmente el Papa —son asistidos especialmente por el Espíritu Santo en cumplimiento de una promesa hecha por Jesús precisamente para ayudar a los hombres en la duda que acompaña a toda vida humana.